

SORIANO: RAFAEL DE LA LUZ

JUANA ROSA PITA¹

En un lugar de Matanzas de nombre embriagador, Cidra, nació el 20 de noviembre de 1920, Rafael Soriano, maestro de luz y formas. Decir su nombre es evocar un cúmulo de resonancias artísticas y entrañables que me remontan a la tarde de hace 38 años cuando nos presentaron en una galería miamense a mi llegada de Virginia. Ante su lienzo “Las alas del pensamiento” le dediqué mi recién publicado poemario *El arca de los sueños*, consagrándose así la sólida amistad naciente con la significativa ceremonia de intercambiar mundos sutiles, transportados ambos a la cuarta dimensión mediante el color y la palabra, respectivamente.

Aunque perteneciente a una generación posterior, con mi compatriota compartía la poderosa experiencia de la pérdida: fuera de la tierra natal y despojados de ciudadanía, habíamos estado por años desubicados, a merced de adversidades y malentendidos. No obstante, todo es alimento para el arte y la poesía, que al igual que el amor, pertenecen a la economía del espíritu y, siempre que uno sea libre de perseguir con pasión su llamado, sin restricciones, la creación tiende a imponerse (como en mi caso) o a reinstaurarse (como en el suyo) hasta fluir en adelante ininterrumpidamente de la fuente

¹ Docente universitaria, poeta, escritora, editora y promotora cultural residente en Boston. Su amplia producción y proyección internacional ha merecido varios premios. Es ampliamente estudiada y su obra ha sido traducida a siete idiomas. Entre sus últimos poemarios destacan: *Infancia del Pan nuestro*, *Tela de concierto*, *Pensamiento del tiempo*, *Meditati*, *El ángel sonriente/ L'angelo sorridente*, y el más reciente *Legendario 'entanglement'*.

al alma, y de esta a la página o la tela. Después de todo el corazón humano está hecho para el inalcanzable infinito: simetría surreal de Dios. Y cada hermoso poema o pintura es el fruto de un fervoroso acercamiento.

Años después de aquel primer encuentro, conversando con él y su esposa Milagros a bordo de los sillones que poblaban su sala, me dijo que en el poema 58 de aquel libro mío había encontrado el secreto de su propia poética, porque su pintura, como ya dije en una ocasión, es poesía. Son apenas seis versos:

Fundar una mirada para el día
que los ojos se cierren para siempre.
Viajar el infinito por su luz:
pasajeros de nuestra propia ausencia.
Traspasar las fronteras del dolor
y pisar el distrito de los sueños

Y en estos fructíferos viajes pasó el pintor mientras tuvo fuerzas, enriqueciendo la realidad y nuestra conciencia con revelaciones enigmáticas, sugerentes umbrales, chopinianos preludios (sin fuga) y paisajes inéditos oriundos del misterio por los que se paseaba como cósmico navegante en mundos íntimos a los que accedía a altas horas en alas de la música, por virtud de radares, antenas (y pinceles) de alta precisión, tal vez sin percatarse de lo raros y deslumbrantes que resultaban para quienes los descubrían en sus lienzos.

Fue por entonces que supe de sus primeras muestras personales: en Matanzas y luego en La Habana. Lejos estaba en 1947 de dar el salto expresivo que hace más de cuatro décadas, ya en Miami, definiría su estilo personalísimo. Porque en sus óleos el protagonismo de la luz parece ser causa y a un tiempo efecto del talante candoroso pero intrépido con que Soriano se adentraba gradualmente por extraños espacios. Supe entonces que un público tan exigente como el de la Bienal de Medellín había quedado a sus pies en 1980. Él y Milagros no olvidaban el fervor que despertó la muestra cuando fuera exhibida en el museo de la ciudad colombiana. Recuerdan que a diario llegaba gente desde poblados remotos solo para estrechar la mano del artista. Mano que sabía su destino desde que a los 16 años se marchó con unos compañeros a La Habana con el propósito de estudiar en la Academia de San Alejandro. Durante siete años, hasta graduarse, vivieron

en un cuarto casi desamueblado. Comía gracias a los chinos de un pequeño restaurante aledaño que le fiaban de lunes a miércoles –jueves y viernes los pasaba con café con leche– y el sábado regresaba sigilosamente a su casa, nada menos que de polizón en una guagua (autobús) de Cubana. Pero esta era otra historia.

Justo como en los cuentos de hadas, el humilde protagonista está llamado a grandes cosas, pero tiene que vencer incontables oraldas para lograrlas. Después de la graduación regresaron todos a su ciudad donde durante cinco años impartieron lecciones gratuitas para probarle al Ministerio de Educación lo imprescindible que era crear la Escuela de Artes Plásticas de Matanzas. Por tal amor al arte lo lograron, y llegó su director. Fue así que Rafael Soriano fue haciéndose, teledirigido por su estrella. Al igual que el Almirante Colón, quien al acercarse a Cuba, anotó en su Diario haber visto “un gran ramo de fuego en el mar”, Soriano de muchacho había sido seducido por la luz que concertaba asombrosas imágenes sobre las aguas de la Bahía de Matanzas, en particular al crepúsculo. Sobrevolándola más tarde en su tenaz memoria de desterrado (en 1962 había salido de la Isla, con Milagros y su recién nacida Hortensia), reconoció espesuras tonales, juegos de luz y sediciosas transparencias que a partir de 1965, comenzaron a poblar sus telas.

De la primera época en que su pintura se mantuvo apegada a la abstracción geométrica, había traído en sus magras alforjas de exiliado la magia del número, el instinto de armonía y la fuerza para infundir en sus obras los movimientos más secretos de la luz. Y luego de tres años sin poder pintar y mientras trabajaba a diario como diseñador gráfico en una editorial, nuestro Rafael de la Luz comenzó a descubrir una dimensión nueva de la realidad. Fue así que el adverso milagro que lo había obligado a intimar con la noche lo puso al umbral de una nueva visión que durante casi tres décadas de ininterrumpida labor dio lugar a una auténtica República de Esplendor que bien podríamos bautizar con el nombre de su esposa musa y colaboradora (artífice de marcos a la medida en el patio de su casa): Milagros de Soriano. Eso anoté en el ensayo profusamente ilustrado de Ricardo Pau-Llosa, *Rafael Soriano and the Poetics of Light* (Ediciones Habana Vieja: Coral Gables, 1998). De mi breve prefacio a dicho volumen cito un fragmento:

En la fuente de luz lo oscuro está en estado de perpetua inminencia, los colores son nuevos, y en ocasiones cambiantes como los ojos de un recién nacido. Las formas se resisten a ser clasificadas, y cada lienzo da testimonio de que el artista ha viajado por intra y ultramundos. Soriano es un pintor nocturno que pinta al influjo de la música. Acaso por eso no ve cosas sino reminiscencias, magnetismo, hechizos, armonía, presencias. Más que plasmar la vida, revela y celebra las transmutaciones, afinidades, conjunciones que la cumplen y trascienden. Con brío de poeta acomete su quehacer de cada noche sabiendo que debe lograr lo imposible, dar rostro a lo inefable: Un presagio, un oculto hontanar, una ilusión, un nido de astros, un saber perdido o una ausencia (...) en el ámbito de sus cuadros, la noche oscura de que hablan los místicos y la iluminación que de ella brota son indivisibles. Por ser perfecta, la técnica de sucesivas veladuras queda oculta en la fluidez del lenguaje que el artista despliega sobre el lienzo, y lo que cautiva a quien contempla su obra es el puro misterio que lo invita a asomarse a su propio esplendor: la semilla de lo divino en cada ser humano, de la energía en la materia inerte, la señal del amor sembrado en el tiempo, del infinito en la mortalidad: inagotables alegorías del mar.

Hace seis años el Museo Lowes de la Universidad de Miami albergó la primera gran retrospectiva de la obra del pintor cubano, en que se mostraban 60 años de labor. Fue emocionante ver reunida tanta pintura suya en torno, y verlo a él recibiendo el homenaje de todos sus colegas y admiradores. Merecido reconocimiento, acompañado por un catálogo de los cuadros precedidos por un ensayo de Jesús Rosado: *Rafael Soriano. Other Worlds Within/ Otros mundos dentro de sí* (2011).

Pero es en 2017 que sus cuadros están viajando por los Estados Unidos, algunos traídos desde Cuba. Gracias a la labor admirable de Elizabeth Goizueta, docente del *Boston College* y alma del evento, *Rafael Soriano/ The Artist as Mystic/ El artista como místico*, su pintura llenó las salas del *McMullen Museum* del *Boston College* desde fines de enero hasta el 4 de junio. Mientras esto escribo está en el *Long Beach Museum of Art* de California, donde igualmente está recibiendo una entusiasta acogida, y en noviembre llegará al *Frost Art Museum* de *FIU*, donde permanecerá abierta hasta el 28 de enero de 2018, aniversario del *vernissage* bostoniano. En ese contexto, tuve el alegre privilegio de dar una charla sobre él, seguida de lectura de algunos poemas de mis *Legendario 'entanglement'* y *Se desata el milagro* (2016), el pasado 27 de abril, y ver en primera fila, recién llegada de Miami, a su hija Hortensia, que se ha dedicado con pasión al legado de su padre, fallecido en 2015.

El espléndido volumen publicado para la ocasión trae esclarecedores ensayos de Roberto Cobas Amate, Elizabeth Thomson Goizueta, Claude Cernuschi, Alejandro Anreus y Roberto S. Goizueta. Y por supuesto, aparecen a todo color y en gran formato las 90 obras que integran la muestra, entre las que tuve el placer de reencontrarme con dos óleos que en su momento puse en la portada de sendos poemarios míos: “La soledad” (1965), en *Viajes de Penélope/ Penelope’s Journeys* (2011) y “Naturaleza onírica” (1991), en *Una estación en tren* (1994). En este punto debo decir que Soriano se tomaba muy en serio el titular sus lienzos, y a veces le costaba. En varias ocasiones pasé a visitarlo en el momento en que con Milagros trataba de encontrar un título, y tuve el honor de proponerle el que me pareció de súbito insustituible: “Naturaleza onírica” fue uno de ellos. Haciendo una interpretación junguiana, quizá ese hermoso lienzo tan renuente a ser nombrado me sugirió un numinoso cesto o arca de sueños



Juana Rosa Pita en compañía del artista en el jardín de su hogar en Miami
© Foto de Justo Padrón



*Rafael Soriano, Meditación en la montaña, 1969, Óleo sobre tela, 30x40”
Colección familiar © Rafael Soriano Foundation*